

TRES CUENTOS INÉDITOS¹

Margarita de noche

Sintió el frío casi de repente. Pero hacía rato que lo tenía cuando empezó a llegarle ese penetro duro que venía del mar. Soplabla fuerte, callado, en el silencio de la noche. Viento hipócrita, aparecía a traición, y mientras una menos lo esperaba la calaba entera. Después costaba un mundo sacárselo, aunque anduviera a paso vivo, o se refregara las manos. Pagaría plata, ahora, por estar frente a una taza de café con leche, de esas grandes que servían en su casa cuando chica.

Se arrebujó la mantilla y apretó el tranco, como si fuera a alguna parte. No: se paseaba. Al acercarse a la plaza oyó un saludo desde atrás:

—Quiubo, Madelén.

Era la Nury, que bajaba por Veintiuno de Mayo.

—Quiubo —repuso, y observando la facha de su amiga—. ¿No te entumes?

La Nury fingió unos tiritones cómicos, e hizo que sí con la cabeza.

—Todo sea por la patria —se rió.

Siguieron juntas.

—¿No has visto alemanes por ahí?

—Nada. Parece que todavía no los sueltan.

—Ya son las diez.

—Tienen fiesta allá arriba, ¿te fijas?

Se oía una música sonora bajando desde el buque.

Las dos se volvieron a mirarlo. Lo sentían encima, como si estuviera anclado en la ciudad, no en la Poza. Hervía de luces. Era tan grande que sobrepasaba a la estación ferroviaria. Unos gallardetes: parecieron brillar bajo los focos. Varios reflectores alumbraron la bandera roja con su círculo al medio y al medio del círculo una cruz svástica. Parecía muy viva en contraste con la oscuridad del cielo y el mar.

La música era de baile, pero distinta. Música de ricos, pensó la Madelén. Le habría gustado estar allá arriba, siguiendo el compás en los brazos de un oficial rubio de chaqueta blanca. No para nada más. Para puro bailar. Un vals podría ser. Y cuando terminaran, él (que no sabría nada) le hacía una venia y le daría las gracias, y ella saldría a tomar aire a cubierta y desde ahí vería el lugar donde estaban ahora y pensaría: “Sueño”.

Volvió a oír que la Nury decía patria.

—¿Qué patria?

—Estás en Babia. Mira ahí, el letrero.

Alcanzaban a verlo entre dos bodegas de la estación. *Patria*: era el nombre del barco.

—¿Por qué lo bautizarían en castellano, siendo alemán?

—Bueno, el *Reina del Pacífico* es inglés.

—Será porque vienen hasta estos países.

La Nury se rió:

—Nos hacen la pata.

—No: es que como viene la guerra, compiten.

En la Poza, el barco se mecía apenas.

¹ Contenidos en el volumen de cuentos *El patio de Garcilaso*, aún sin publicar.

–Bonito, ¿ah?

–Boniiiito.

–Viaje inaugural –saboreó la Nury–. ¿Te imaginas: nosotras arriba?

–Uuuuh.

–Sentadas en una hamaca, en cubierta. “A ver, mozo” –engrosó la voz para la respuesta–: “¿Diga señoguita?”. “Tráigame un güisqui”. “Visqui, ya. ¿Lo desea con hielo?”. “Un poco”. “Ya, ya”.

Fingió tomar nota en un bloque de apuntes, y se volvió a la Madelén, que seguía la pantomima con una sonrisa:

–“¿Y la señoguita que fa a quegueg, pog favog?”.

A medio seguirle la broma, la Madelén hizo un gesto:

–Una frazada.

–“Señoguita seg fome, ya. En motonafe nunca haceg fguío, migue. Fguío seg paga pobgues”.

Se miraron las dos.

–¿Te imaginas, nosotras ahí, dándole órdenes al kuchen?

La Nury se sacudió con un gran tiritón:

–Puchas, me trasminé. Vamos a tomarnos una media caña.

La Madelén negó con la cabeza. La Nury volvió a tiritar.

–Yo voy. Capaz que me apulmone, si no. Chao.

–Chao.

Mientras la Nury tranqueaba Centenario adentro, un hombre más bien alto, vestido de oscuro, venía por la misma vereda en dirección opuesta. Se cruzaron, y ella –se conoce– le habló unas palabras como si fuera cliente. Él parecía venir distraído. Hizo un ademán de asombro, trató de reponerse, pareció preguntar a la Nury qué le había dicho. La sorprendida fue la Nury ahora. ¡Qué iba a haberle dicho, con la tenida en que andaba! Hizo uno de esos movimientos tan de ella, y le contestó algo y los dos siguieron camino.

No se divisaba a casi nadie más. Un borracho a medio aferrarse de un poste, unos perros igual de entumidos, y otro par de Niñas que esperaban clientes.

La Madelén vio acercarse al hombre. Venía despacio. Sus zapatos sonaban sobre las baldosas flojas de la acera. Daba la impresión de hacer tiempo. Pasó frente a un bar donde penaban las ánimas. Aquí, allá, dos o tres luces amarillentas atigraban la calzada: de seguro era gente a la espera de los alemancitos del *Patria*. En un restaurante, una radio mentía fiestoca con los compases de *Allá en el Rancho Grande*. Desde el mar se oyó la bocina de una lancha. Frente a la estación cruzó uno de esos autos tristes que circulan de noche.

El desconocido pasó junto a la Madelén, tal vez sin darse cuenta. “Va muy ido”. Sin embargo, ella tuvo la sensación de que la había visto de reojo. Una mirada suave pero firme pareció tocarla en el hombro, como si él fuera a hablarle. ¿De dónde habría salido? ¿En qué podría andar, tan solo, tan tarde, al garete? ¿Estaría triste? Se movía tan lento que ella alcanzó a distinguir su sombrero negro, su abrigo oscuro de gabardina y un atisbo de perfil que ya huía.

Cruzó la calzada hacia la estación.

La Madelén volvió a sentir el frío que había estado sintiendo sin darse bien cuenta. “Si yo también no camino, fijo que me entumo”, pensó. Se arrebujó un poco más con la mantilla calada y empezó a andar por Centenario. A ninguna parte. A moverse. Palpó su mantilla, demasiado fina. Le tenía cariño. Había una historia detrás. Le había costado ponérsela esta noche, porque era regalo de misia Cristina y le daba no sé qué usarla para este trabajo. Pero chitas que abrigaba a pesar de todo.

Misia Cristina. La primera vez que se la vio puesta, la llevaba en lugar de velo para ir a misa. Con una parte se cubría la cabeza y el resto se repartía hacia abajo, más allá de la cintura. Parecía dama

antigua, de cuadro. El negro del hilo le sentaba al negro de los ojos buenos de misia Cristina. Se habían encontrado las dos en la calle, al lado fuera de la parroquia, y junto con saludarla, la Madelén se la celebró:

–Linda su mantilla.

Claro: no pensaba en nada.

Ese año, para santa Margarita, la señora llegó a verla con un bulto bajo el brazo.

–Feliz santo –se veía incómoda–. Esto es para usted.

–Pero... No tenía por qué traerme regalo.

–Quise darme un gusto.

Ella abrió el paquete, roja de bochorno, entusiasmo, no sabía qué. Algo la hacía adivinar, y sí:

–¡La mantilla! –exclamó–. No puede...

–Sí puedo –misia Cristina sonreía, suave.

–Cóoomo.

La mirada húmeda y oscura respondía: “Así”. Y ahora lo dijo:

–¿Cómo? Así. A usted le gustó.

–Claro, pe...

–Además, acabo de comprarme un velo.

Tuvo miedo de echarse a llorar. Misia Cristina le tocó muy apenas el rostro y le dijo:

–Úsela, para que luzca. Rosendo y yo no tenemos hijos ni vamos a fiestas.

–Usted se veía tan bien.

–No es lo mismo. No, no. Esto pide cuerpo joven. Pruébesela –ella dudaba–. A ver, pues.

Se la probó, se miró en el espejo.

–Misia...

–No irá a llorar.

–No –dijo, con un nudo en la garganta y las lágrimas asomando en sus ojos.

Tiempo después, don Rosendo le reveló que la mantilla era de Manila legítima, y se ufanaba:

–Se la compré a esta en Tenerife, mientras regresábamos de casarnos. Mira tú si tendrá años. Y leguas. De Manila a Tenerife, de Tenerife a San Antonio. Casi la vuelta al mundo.

Don Rosendo tenía un fuerte acento español. Madrileño, decía él.

–Además, hija, ¿sabes? ¡Que es que te va formidable!

Desde su rincón de la pequeña sastrería, misia Cristina escuchaba con una sombra de sonrisa iluminando sus facciones.

–Se ve pero muy guapa, ¿verdad tú? –la invitó su marido.

–Sí, sí –murmuró.

Don Rosendo, como juez que falla un pleito:

–Pues ya lo ves.

...Tenerife, pensó Margarita ahora, mientras acariciaba la mantilla contra su cuerpo. Negra, suave, lo mismo que los ojos de misia Cristina. Limpia, igual que la mirada niña que misia Cristina conservaba aún. Le dolía usarla en estos pasos. Era ensuciar el candor de la señora, la bondad de don Rosendo. Tenerife: sonaba bonito. Le habían contado que era una isla. A lo mejor el *Patria* ancló en su puerto. Giró la cabeza para observarlo, y ahí estaba: enorme, solemne, luminoso.

No parecía verdad.

Fue caminando hacia él. En el muelle de los pescadores empezaban a juntarse curiosos. Hablaban con respeto de la mole aquella. Señalaban cosas. El bauprés, la grúa, ¿sientes el motor?

–Hola, Madelén.

Margarita se detuvo. Era el Andrés, que también salía a trabajar a esta hora. Apareció al doblar la esquina, moviéndose a paso de gato. Más que alguien parecía la sombra de alguien, que se le hubiera escapado a su dueño.

—Hola —dijo.

—No pican, ¿ah?

—Naaada.

—¿Frío? —ella hizo que sí, y él ladeó la cabeza invitándola a apegarse—: Buena suerte.

Siguió su camino. Lo vio doblar en dirección a la calle Gregorio Mira. Eran sus canchas. Le dio un poco de pena: nunca creía, el pobre, que alguna vez le fuera a salir bien algo. Le costaba hallar trabajo, y esto de “salir de noche”, como le llamaba él, tenía sus peligros. Ya lo habían pillado dos veces robando. La gente era tan egoísta.

—Tenerife —dijo Margarita en voz alta: le gustaba oírlo.

Recordó a don Rosendo. Se puso roja al pensar en una noche como esta, haría dos años. Sería a la una, a las dos de la mañana. Ella caminaba para allá y para acá en Centenario, y nada. Los hombres que había o estaban borrachos o corrían de vuelta a sus casas. Lo más que sacaba de algunos era unos “Adiós mijita” dichos de paso.

En eso, desde el mercado aparecieron tres que traían aires de fiesta. Hablaban en voces muy altas y soltaban grandes carcajadas. Resultaban graciosos de lejos.

A lo mejor ahí...

Uno de ellos era alto, flaco, de brazos muy largos. Otro era mediano de todo: de porte, de facha, de risa. Y el otro, redondo, bajito, animado. A medida que se acercaban los fue reconociendo. El alto era el pescador Quiroga (lo había atendido un par de veces). El segundo, don Gilberto, el de la fiambrería, cliente de la Nury. Y el tercero... tuvo un sobresalto al escuchar de cerca su voz teatral, su acento madrileño, su boina oscura y, sobre todo, al ver sobresalir su panza casi redonda. Era tarde para meterse en el vano de una puerta, cambiar de dirección o fingir que no era ella.

Quiroga acababa de descubrirla desde la distancia:

—¡Salud, Madelén!

—Buenas noches —consiguió musitar.

Don Rosendo giró la cabeza:

—¿Madelén?

Luego, al darse cuenta, se quitó la boina a lo gran señor, esbozó una venia que su barriga abrevió, y quiso seguir adelante.

—Oye —terció el hombre medio—, ¿no les gustaría ir a...?

—Calla —gruñó don Rosendo.

—Vaya, ¿qué pasa?

—Que te calles.

El mediano se volvió a Quiroga:

—¿Qué bicho le pica, que se ha vuelto casto?

Quiroga se encogió de hombros.

—Cada uno sabe lo suyo. Además es tarde. Y yo estoy cansado.

Las tres figuras fueron distanciándose. A Margarita se le hizo un nudo en la garganta. Trotó hacia su casa. Nunca le había parecido tan pesado trepar por las dunas. No sabía qué le dolía peor: si el estado y la compañía en que vio a don Rosendo, o que él la sorprendiera en esas. De día, ella arrendaba un sucucho a diez metros de la Sastrería Fuencarral. Ahí se ganaba unos pesos zurciendo medias. Por eso se veían casi siempre, con él y con misia Cristina.

“¿Qué cara voy a poner ahora al volver a verlo?”

Desde el principio, cuando comenzó a ayudarse con este trabajo, había temido que ocurriera algo así. Pero “la necesidad tiene cara de hereje” alegaba la Nury. Los sustos más grandes fueron al principio. Vivía disimulándose detrás de un farol o mirando para cualquier parte, o tapándose el rostro con la mano en alto y en ella un pañuelo. Después logró acostumbrarse hasta cierto punto. El encuentro imprevisto parecía una posibilidad tan remota como la de morir de un infarto, o que la asaltaran.

Don Rosendo se portó como un ángel. Era un ángel, pensó ella. La primera vez que se toparon en la calle después del encuentro, la saludó en el mismo tono de antes:

–Qué tal, Margarita.

Margarita (no Madelén). Sin exagerar la bondad del olvido. Sin darse por enterado ni hacerle notar cómo actuaba. Sin nada especial, que pudiera humillarla al revés: con bondad expresa. Cualquiera habría dicho que no la vio enrojecer.

...–Señorita –dijo una voz, muy cerca: era el señor de ropa oscura; que al verla sorprendida se excusó–. Perdón, la asusté, parece.

–Un poco –respondió ella–. Estaba distraída.

Hubo un silencio incómodo. Él lo rompió con cierto esfuerzo:

–Usted... eh... ¿Usted...?

–Sí –interrumpió (los tímidos siempre hacían la pregunta).

Pausa.

–Entonces, ¿podría acompañarme un rato?

–¿Acompañarlo?

–Sí.

–Claro. Para eso estoy –dijo, desconcertada.

Él la estudiaba como queriendo grabarse sus facciones. Una mirada de interés casi intrusa. Tenía la cara más bien corriente. No le causó inquietud. Sus ojos eran profundos, de quizá qué color: la noche no permitía distinguirlo. En sus labios parecía esperar una sonrisa que no se atrevía por ahora. Tendría treinta años, acaso algo más. Cuarenta, nunca. Pronunciaba casi enteras las palabras, igual que los profesores. Quizá fuera abogado, médico, arquitecto.

–¿A dónde vamos? –preguntó al ver que él permanecía callado.

–No sé.

Ella alcanzó a temer que fueran a parar a algún hotelucho de mala muerte. No se sintió con ánimo para resignarse. Como si adivinara, él la invitó:

–Quizá le guste ir a tomar algo caliente. Con este frío...

–Gracias.

–No soy de acá. ¿Sabe de algún local abierto a esta hora?

–Abajo hay varios.

–¿Vamos entonces?

–Vamos.

Vio que él se aprontaba a seguirla.

–¿A dónde?

–Por ahí –señaló a la vereda del frente.

Echaron a andar. Al cabo de un trecho, ella descubrió que no le salía pegársele al cuerpo, como corresponde. Tampoco él hizo ademán de abrazarla, besuquearla, manosearla. Llegaron de vuelta a Centenario. Todo desierto, salvo el borracho de antes, que se había dormido entre dos perros. Desde lejos –imaginó con un dejo de alegría triste– él y ella debían de parecer un señor y una señora comunes y corrientes que volvían del teatro, por ejemplo. Incluso con mantilla. Quiso preguntarle algo, romper un hielo que se tendía entre ambos.

No era hielo. Qué ganas de saber.

Lo miró de reojo. Tenía un modo de andar pensativo. Pensativo él entero: en los movimientos, la expresión de la cara, la lentitud reflexiva con que avanzaba a su lado. No demostraba urgencia de hablarle, o de que ella le hablara. Llevaba la vista clavada hacia delante, quizá en qué mundo. Un sonámbulo de ojos abiertos y manos en los bolsillos. Olía a limpieza, como una cuando recién sale del baño.

Llegaron al *Barney's*.

—Este restaurante es bueno, pero un poquito caro.

Ahora los labios de él se acordaron de la sonrisa:

—Si es poco, no importa. Entremos.

Ella alcanzó a temer que hubieran llegado marineros del *Patria*, pero no. En el interior del local solo había una pareja que bebía café y fumaba en silencio. La música se sentía apenas. La luz, débil, alumbraba justo lo indispensable. Mañungo se acercó y no dijo ni “Hola, Madelén” ni nada por el estilo. Le hubiera dado las gracias (¿por qué, si su acompañante ya sabía?). Mañungo había asumido exquisitamente su papel:

—Buenas noches. Por acá, por favor.

Los condujo a una mesa en el extremo opuesto de la que ya estaba ocupada. Él le retiró la silla y le hizo un gesto de caballero para invitarla. Se sentaron y Mañungo sacó el menú.

—¿Qué desea servirse los señores?

Él la miró. Ella:

—Café. Taza grande.

—Café —repitió Mañungo y miró al hombre.

—Coñac —dijo él.

—¿Doble?

—Eh... Bueno: doble.

Pausa. Ya solos, salió natural que conversaran:

—¿Usted vive aquí, en San Antonio?

—No, no —repuso—. Vine a un asunto. ¿Usted sí es de acá?

—Nací en los cerros. Donde empiezan las dunas.

Lo vio interesarse:

—Las dunas de Barrancas. Las conozco, de niño.

—¿Vivió acá, entonces?

—Vine. Un par de años.

No se atrevió a seguir preguntando. Empezó a alargarse el silencio. Lo interrumpió él:

—¿Usted trabaja... además?

—De día zurzo medias.

—No dará mucho eso, ¿no?

—No.

Mañungo llegó con el pedido:

—Un café, un coñac. Agua mineral. Azúcar. ¿Se ofrece algo más?

—No por ahora.

—Gracias.

Ella se rió por dentro: nunca había visto al Mañungo con tanta corrección. ¡Traía las cosas y daba las gracias! Se fue, lento, a poner otro disco y eligió bien, como si supiera. Música suave, sin bulla.

De pronto, se dio cuenta de que los dos se estaban mirando.

—No. Por favor —pidió el hombre—, no baje los ojos.

Ella se ruborizó como primeriza. Los mantuvo en los de él. Un sufrimiento suave le hacía cosquillas. Al mismo tiempo lo espiaba y creía ir conociéndolo. ¿La conocería él?

—¿Son grises?

—Gris verde —asintió, y vio que él asentía, confirmando algo.

—Su pelo es un poco claro.

¿Claro para qué?, pensó.

—Castaño oscuro —se defendió sin haber por qué—. Casi negro.

Le entró curiosidad de saber a dónde iba todo esto.

—Casi negro —repitió él—. Pero castaño.

Continuó examinándola. Esto la hacía y no la hacía sentirse incómoda. Lo escuchó insistir:

—Por favor, no baje los ojos.

Como sorprendida en falta.

—No —dijo—. Es que se me van solos—. ¿Así?

—Así.

Lo vio llevarse la copa a los labios, beber suavemente, y luego, costándole resolverse a hablar:

—Quisiera pedirle un favor —vaciló mientras ella aguardaba—. No me lo tome a mal.

—¿Por qué?

Silencio. Al fin:

—¿Podría... sacarse el colorete, el rímel? ¿Dejarse la cara tal cual es?

Alivio de ella:

—Qué cuesta —e hizo ademán de levantarse.

Él la retuvo:

—Espere. Tómese el café antes de que se le enfríe.

Ella bebió el resto de su taza. Su pulso era inestable como si él le hubiera pedido otra cosa. Alguna de esas cosas. Echó atrás la silla.

—Vuelvo al tiro.

—Le encargaré otro. ¿Con algo de comer?

—No, gracias.

Fue hasta el sucucho del baño y se paró frente al espejo, opaco de años. No encontró que estuviera demasiado pintada para lo que. Justo lo indispensable para advertir a los clientes. Comenzó a lavarse con agua fría, la única. Entre tanto se preguntaba qué le habría dado a él. Se lo había dicho sin sombra de reconvención. No fue: Vaya a ponerse decente. Al revés. Su tono era humilde, como si le hubiera bajado un capricho. Quizá temía a que entrara alguien conocido y dedujera en qué andaba.

¿En qué andaba, realmente?

Comenzó a secar su piel. La toalla era inmundada. Se sintió más despierta después de mojarse. Al volver a observar sus facciones le dio una cosa extraña por dentro. Una se miraba, claro. Todos los días. Pero no veía mucho. Sepa Dios cuánto tiempo haría que no se enteraba de que conservaba cierto aire de niña en el rostro. Le gustó encontrarlo ahí de nuevo. Encontrarse de nuevo. Tener al frente a la Margarita Meneses. Se pilló sonriendo.

—Quiubo, Margarita —saludó al otro rostro.

Se peinó un poco el pelo, se cerró cuanto pudo el escote, volvió a envolverse en la mantilla, abrió la puerta que daba al pasadizo. En ese momento venía pasando Mañungo, que torció la boca y en tono de cómplice murmuró en su oído:

—Quiubo, Madelén.

Entró en el comedor. Allí él la esperaba. Distraído, igual. Capaz que ni se acordara de que andaba con ella. ¿Andaría con ella? Bebía su coñac, a sorbos. La segunda copa. Cuando adivinó que se

aproximaba, se puso de pie (caballero) y le apartó la silla. Sonreía, ahora un poquito más cerca del mundo.

—¿Así? —preguntó Margarita.

—Así —aprobó él—. Gracias.

Y no le apartaba los ojos, y parecía mirarla sin verla, o verla de otro modo que el que era. Se sintió desnuda, pero de una desnudez muy sana. Una desnudez tan limpia como ahora su rostro. Sin embargo se ruborizó de nuevo. Se sentía alegre de sentirse triste o se sentía triste de sentirse alegre. No supo.

—Póngase de perfil, ¿quiere?

Se puso.

—¿Usted es pintor?

—No.

—¿Fotógrafo?

—Ingeniero.

—¿Tiene una obra acá?

—Sí —dijo, sin parecer que pensara en lo que estaba diciendo.

Iba a preguntarle por qué le pedía tantas poses, pero se acercó Mañungo:

—¿Algo más el señor, la señora?

—¿Otro café? —le ofreció el ingeniero.

—Uno chico.

—Un café chico y un coñac igual.

Ella comenzó a alarmarse. Percibía un brillo especial en sus pupilas. No, no un brillo nuevo. Era de antes. Desde el momento en que se sentaron y por primera vez la había visto. Bebió su café. Bebió él su coñac. Le entró una tibieza en el cuerpo. Él dejó ahora su copa.

—¿Usted —volvió a sonar tímido—... me acompañaría a andar por las dunas un rato?

—Por las... Claro —repuso, y experimentó el primer sacudón de miedo esa noche.

—Bueno —le hizo un gesto a Mañungo—. Por favor, la cuenta.

Mañungo la trajo, recibió los billetes y no los contó.

Salieron.

La avenida Centenario se había animado. Salía más luz desde los locales. Había más puertas abiertas. Más ruido. Más música. Más gente (hombres casi todos). Los marineros del *Patria* habían bajado por fin, y recorrían el pueblo en pequeños grupos. Se movían sin dirección perceptible. Husmeaban, curiosos. Algunos cantaban quizá qué canciones del otro lado del mundo. Por aquí y por allá se veían borrachos que arrastraban letras cada vez que hablaban. Repetían “Ya, ya”, igual que la Nury. La Nury tal vez estaría en un hotel con uno o dos de ellos. Y también la Mitzy, que había paseado el Puertecito desde muy temprano. No se divisaba ninguna de las Niñas amigas.

Desde una fuente de soda salió el canto adormilado de un bolero:

*Luna que se quiebra
sobre las tinieblas
de mi soledad...*

Ella espío a su acompañante. Se le había ido la vista, otra vez. Parecía que no estuviera. No que no estuviera aquí. Sintió que no estaba, a secas, en ninguna parte.

—¡Oooh, oooh!

Pasaban en ese momento entre unos seis o siete marineros parados en círculo sobre la vereda. Uno de ellos miró a la muchacha, lanzó una exclamación admirativa, se quitó el gorro para hacer la parodia de una reverencia. Los demás corearon:

—¡Oooh, oooh!

El ingeniero regresó a la tierra. Descubrió dónde estaban. Tardó aún en saber qué ocurría. Cuando el marinero se acercó un poco a ella con aire de tomarle el brazo, él apretó fuerte las mandíbulas y, sin aspavientos, se puso en el medio. Lo miraba el otro. Miraba a su gente con cara de intrigado (¿Qué hago?). Por último preguntó en tono forzosamente jocoso:

–¿*Bitte?*

–No hablo alemán –y volviéndose a Margarita–: ¿Vamos?

La tomó del brazo, él sí, y fue adelantando sin apuro, sin desafío, pero con un obvio aplomo. El marinero optó por la chacota. Se quitó otra vez el gorro, practicó otra venia, se obligó a sonreír:

–*Bitte, mein herr.*

Sus compañeros abrieron con renuencia el cerco para dejarlos pasar. Ella fue incapaz de sujetar un suspiro.

–Creí que...

–Estaban borrachos. Además, son nazis. Nos miran en menos.

–Gracias –dijo ella, y él la comprendió.

Al llegar a la plaza se acercó un chiquillo que vendía tabaco:

–¿*Cigare, mister?*

Él negó con la cabeza y el chico, mostrándola a ella, insistió:

–¿*Jotel? Very clean.*

Margarita conocía esos hoteles.

–No –dijo; miró al ingeniero–. Vamos a las dunas, ¿no?

Él, sin responder, tomó por la cuesta de Veintiuno de Mayo. Entonces sabía el camino. Llegaron al alto. Abajo, en el puerto, quedaban las luces precisas. En cambio en la Poza, el *Patria* seguía con todas las suyas, y los reflectores, y los banderines, y el reflejo alegre en el agua, y a popa la bandera roja. De pronto a ella la incomodó el silencio en que estaban.

–¿Usted ha viajado en ese barco?

–No sé –repuso él.

Lo miró extrañada: ya se había ido quizá para dónde. ¡Por Dios que pensaba! Demoró un rato en oír la pregunta que ella le había hecho y él había contestado, y aún otro rato en captarla. Negó: no, no había viajado en el *Patria*. Los ojos de los dos se encontraron, igual que en el restaurante. *Es como que conversamos*. Y Luego: *Sí, pero ¿de qué?* Ahora él sonreía. Muy suave. Sonreía en la forma en que uno sonríe a un recuerdo, no a nada ni a nadie presente.

–Bueno –la invitó–. Sigamos.

Margarita se enfundó mejor en la mantilla de misia Cristina. Acá arriba el viento soplaba con fuerza. Era viento libre. El ingeniero notó que ella sentía aquel frío.

–¿Le pongo mi abrigo? –ofreció.

Con susto:

–No, gracias.

Él sabía perfectamente el camino a las dunas. Empezaron a entrarse por ellas.

–Venga –dijo, y le tomó una mano.

Sin saber por qué, ella hubiera querido soltarse pero al mismo tiempo no. Le gustó y le dio miedo el contacto de piel contra piel. Lo escuchó respirar hondo. Cerraba los ojos, avanzaba a ciegas. Parecía haberse ido, esta vez sin remedio. No se extraviaba. A donde fuera que fuera, iba recto. Subían y bajaban las pequeñas lomas. Y ya andando entre ellas, dejó de notarse el viento. A ratos, en las cimas, alcanzaban a divisar aún la Poza, y el *Patria* y sus luces. Sin advertirle, él se sentó de pronto en la arena.

La invitó a hacer lo mismo.

Recién se dio cuenta de que había luna.

–Hay luna –observó.

Él hizo sí, sí, sin mirarla.

Volvió a experimentar la sombra del miedo. Del miedo primero, el del restaurante. Quizá fuera mucha rareza para ser normal. A la Mimy le había pasado una mano muy fea, dos años atrás. Sacó un soplo de voz:

–¿Así que usted conocía estos arenales?

Lo escuchó respirar hondo. Pareció que cerraba los ojos para oír lo que ella le hablaba.

–Sí –dijo.

¿Qué hago aquí, qué hacemos aquí?, se dijo ella. Luego: *¿Qué es lo que irá a hacerme, en un lugar tan solo?*

Notó que él llevaba una mano hacia un bolsillo de su gabardina. No le apartaba la vista al hacerlo. La luna alumbraba detrás, a su espalda, y ella no veía su rostro. Echó de menos verle la mirada, saber si en sus labios quedaba sonrisa. La mano demoró en el bolsillo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Un asomo de angustia por dentro.

–¿Puedo pedirle otro favor? –repitió él.

Su mano seguía en el bolsillo.

–Diga...

La mano de él comenzó a asomar, lentamente. Extrajo un objeto que alumbró la luna: un collar de perlas.

–¿Póngaselo?

Ella, dudosa, lo miró de nuevo al rostro. Donde estaba el rostro: todo él era una sombra recortada por aquella luz blanca que venía de atrás. Habría querido salir corriendo, pero no podía. Mejor le seguía la corriente. Alargó los dedos, recibió el collar.

–Póngaselo.

Se lo puso. Temblaba, sin saber por qué.

Soy tonta, soy tonta.

La esperó, tranquilo. Cuando ella bajó por fin los brazos, él se incorporó un poco, se le aproximó, alargó los suyos. Sintió el primer contacto. Sintió, enseguida, que la despojaba de la mantilla con esa enervante lentitud, tan suya. Quiso recordarle que hacía frío. No le salió. Pero él no quería desabrigarla. Volvió a ponerle la mantilla, ahora en la forma en que misia Cristina la había usado aquel día al ir a misa: cubriéndole el pelo. Era larga y le envolvió el tronco hasta más abajo de la cintura.

La sombra que era la cabeza de él aprobó.

Se echó atrás para observarla, y ella no supo si suspirar de alivio: no le había hecho nada. ¿Sería algo chiflado, nada más? *Y yo, una tonta de asustarme*, quiso pensar. Permanecieron un buen rato así, sentados frente a frente, inmóviles los dos sobre la pequeña colina de arena. Mirándose. Sabiendo que se miraban. A unos pasos de distancia, un perro se puso a ladrarle a la luna. Ella sintió que eso la acompañaba. Más que el hombre, tal vez.

Un auto pasó cerca y por un segundo la luz violenta de los focos hizo visible el rostro de él. Sonreía.

–Deme la mano –murmuró al fin.

La mano con que él la recibió era grande, tibia, firme. La suya se perdía allí. Llegó a instalarse al lado suyo. Debían de verse como un par de enamorados ingenuos, se dijo ella. El vago resplandor que subía desde el puerto le permitió discernir, de reojo, sus facciones. Parecía estar en paz. No supo por qué se le ocurrió esa palabra: paz. *Pero es paz*, pensó. Pensó: *¿Qué irá a venir ahora?*, como si estuviera siguiendo una película. Los dedos del hombre se movieron apenas, acaso acariciándola. Daba la impresión de temer a ser brusco, a romper algo.

–No sé nada de usted –murmuró.

Ella asintió con la cabeza.

—Ni usted sabe de mí. Nada.

A ella le zapateó el corazón al oír esto. Era cierto. También era cierto que no solía saber nada de sus clientes. ¿Por qué no importaba con ellos? Porque ellos eran simples, respondió. Y dijo:

—Nada.

Silencio. Él:

—Ni siquiera nos conocemos los nombres.

—No —reconoció, con la esperanza de que él no preguntara.

Le habría dado vergüenza usar el Madelén, ahora. Era patentemente falso. A nadie le ponen de veras Madelén. Y, si andaba en estos pasos, contar la verdad sería como ensuciar el Margarita. Margarita era nombre de día, de las horas limpias. Ahora la pausa fue más larga. El hombre no le preguntó el nombre de ella, ni le dijo el suyo. Dijo algo extraño:

—Hagamos como que no somos.

—¿Cómo que no somos?

—Inventémonos —y al ver que ella no entendía—. Podríamos jugar un rato a que ni yo soy yo ni usted es usted. Llámanos de otro modo. Una especie de juego del bautizo.

No quiere decirme quién es. Y, claro, por suerte tampoco le importa mucho saber quién soy yo.

Él pareció animarse con su propia idea:

—Inventémonos completos. Pongámonos una historia.

—No entiendo.

—A ver: usted va a ser Rosario y yo voy a ser Román. Ahora inventemos por qué estamos aquí, cómo nos conocimos, desde cuándo. Qué somos, cada uno. Una historia.

—Ah...

Él no notó la mezcla de incertidumbre y desgano que había en su voz. Se había entusiasmado solo. Vivía el cuento.

—Fuimos amigos desde chicos. Jugábamos en el Puertecito, entre los botes y las lanchas. Nos gustaba intrusar debajo de los muelles. Teníamos diez o doce años. Alguna vez nos convidaron a atravesar la bahía en un remolcador. Se paró un pelícano en el techo de la cabina. ¿Te acuerdas?

A ella la sorprendió el tuteo. Habría jurado que él lo usó sin darse cuenta. Era otro. Vivía lo que se estaba imaginando.

—Sí —dijo—, me acuerdo.

—Un día nos dimos cuenta de nosotros.

Fue incapaz de reprimir su reacción:

—No entiendo.

—Esa vez entendiste.

—Sí.

—¿Se te ha olvidado esa tarde, aquí en las dunas, cuando salimos a buscar el viento?

Supo que no podía preguntarle qué significaba eso de buscar el viento. Repitió:

—Sí.

—Hacía volar la arena. Sentíamos unos alfilerazos en las piernas, en las manos, la cara. Nos daba risa.

—Picaban como zancudos.

—¡Dijimos eso, sí! Tratábamos de espantar la arena.

—Nos moríamos de la risa —aportó ella.

—Éramos terriblemente niños.

—Ingenuos.

—Ingenuos. Y ahí fue cuando de repente nos dimos cuenta de nosotros.

–Sí –murmuró: no quería cortarle el hilo.
–Yo te miré y te vi mujer. Tú me miraste y me viste hombre.
Sin notarlo, también a ella le salió el tuteo:
–¿Te acuerdas de la edad que teníamos?
–Yo, diecisiete. Tú, quince –contestó de inmediato.
–No somos muy maduros.
–Nada –dijo él con un dejo de orgullo–. No podía separar los ojos de los tuyos.
Ella no alcanzó a sujetar la pregunta:
–¿De qué color los tenía?
Pero a él no le extrañó:
–Gris –repuso–, y el pelo, castaño–. Pero yo no veía colores en esos momentos. Veía que ya no éramos el par de chiquillos. Tuvo su lado triste, ¿te acuerdas? Ya no volvió a salirnos correr aventuras de niño en los muelles o en el Puertecito.
–No –comentó ella con pena.
–Tampoco nos llevaban gratis a mirar los barcos. Un día, un lustrabotas te llamó señorita y me sentí orgulloso.
–Tú ya eras un señor.
–No tanto. ¿Tienes frío?
–No tanto –sonrió.
–Es neblina helada la que hace.
No hacía neblina. Él se había cambiado de tiempo. Quizá qué momento vivía ahora. Se quitó la gabardina y la envolvió cariciosamente. *Me cree Rosario. A ella se lo hace.*
–Gracias –musitó.
–Un día fuimos a una fiesta. No querían darte permiso en tu casa porque eras muy niña. Acababas de cumplir los dieciséis. Bailamos varias veces. Te habías puesto no sé qué perfume que todavía siento por dentro. Yo era muy torpe de movimientos.
–Y lo mismo yo.
–No –se extrañó él–. Eras tan liviana. Tu cintura...
Pareció extraviarse hacia atrás en los recuerdos.
–Román –dijo ella, por traerlo de vuelta.
–Sí –pausa larga–. A los dieciocho tuve que irme a Santiago, a la universidad. Fue cuando murió tu abuelo en Punta Arenas. Manuel me contó que partieron de un día para otro y...
Se volvió hacia ella, casi brusco:
–¿Por qué no me escribiste?
No supo qué decir.
–Porque allá...
–No me escribiste –insistió él.
–Perdóname.
–Por qué no me escribiste –y ya no era pregunta.
Volvió a temer que le ocurriera algo extraño. Enloqueciera, se pusiera furioso. Lo notó opaco, sin embargo.
–Alguna vez creí que por algo habíamos crecido juntos.
Ella no sabía cómo hacer de Rosario:
–Yo también, te aseguro.
–No me escribiste.
–No.
–¿Nunca viniste desde allá?

–Teníamos muy poca plata –tanteó.
–Yo me venía andar por aquí, por las dunas.
–Claro –asintió, desconcertada.
–¿Y tú qué hacías en Punta Arenas?
–Caminaba por la orilla del mar.
–Caminabas por la orilla del mar.

Ella sintió que se ruborizaba. Tenía que haber existido esa Rosario. Él no inventaba, como la invitó a que hicieran: iba trayendo a la memoria lo que de veras le había sucedido cuando era adolescente. Lo oía hablar con voz cada vez más opaca. Ya no se le notaba el entusiasmo. No le cupo duda de que sufría al recordar. Pero sufría con Rosario, y eso era sufrir menos, pensó. ¿Qué haría cuando se diera cuenta de que tan solo era ella? Con un impulso que la sorprendió a ella misma, le acarició la mano:

–Román –y a él no le extrañó que le diera ese nombre.

Se llama Román, no juega a que es Román.

–¿Sí? –preguntó él.

–Ahora voy a escribirte.

Vino un silencio vacío. Lo rompió brevemente la campana de un barco, que llamaba a cambio de guardia. Volvieron a estar solos. De alguna manera, ella intuía que el sueño, el juego, se desvanecía en el aire, y poco a poco él de nuevo era él –el de ahora– ella dejaba cada vez más de ser Rosario. El él de ahora, distinto aun siendo el mismo, tomaba poco a poco conciencia del lugar en que estaban, de la hora, de una presencia a su lado que le costó recordar. Puso el reloj a la luz de la luna:

–Es tarde.

Ah, sí, se dijo ella: era tarde.

Notó que él soltaba su mano, sin prisa.

–Perdone –se excusó–. Me abstraí un momento.

Le dolió que renovara aquel trato de usted.

–No importa –la miró a la cara y ella no supo explicar por qué no importaba; a falta de otra cosa agregó–: Está agradable aquí.

Él paseó la vista en redondo, como si viniera cayendo de alguna parte y quisiera ambientarse.

–Un poco de frío, ¿o no?

Quiso devolverle la gabardina.

–Déjesela. Yo estoy bien –sin transición preguntó–: ¿Usted cómo se llama?

–Mad... Margarita –dijo–. ¿Y usted?

Él pareció no oírla.

–Margarita.

–Sí –confirmó absurdamente.

Ya no era Rosario. Comenzó a sacarse la mantilla de la cabeza.

–Por favor, no.

Sí le entregó el collar. Caminaron. Al principio, ninguno de los dos tomó un rumbo preciso.

–¿Dónde vive, Margarita?

–Para ese lado –mostró a su derecha.

–La acompaño.

–No se moleste. Son apenas tres cuadras.

Siguió al lado de ella. El mar quedó a sus espaldas. La luna entraba y salía en macizos de nubes. Iba a amanecer nublado.

–Ahí vivo –dijo ella al llegar a una casa.

Él hizo un gesto nervioso. Hurgaba un bolsillo. Extrajo unos cuantos billetes y sin contarlos se los tendió a ella.

—¿Está bien?

—No necesito nada.

—Por favor, no lo tome a mal.

—No —dijo—. Es que fue muy agradable.

Lo vio sonreír, sintió que tomaba una de sus manos. Dejó en ella el fajo y la obligó a cerrar sus dedos. Repitió en seguida aquel ruego curioso:

—No lo tome a mal, Margarita.

Comenzaba a irse.

—No, ¿Román? —murmuró.

Pero no alcanzó a oírle.

Iniciación a la sombra

—A la larga, uno aprende a ser ciego.

Camilo sabe que, al oírle decir esto, Los Demás cambian entre sí unas miradas de lástima que lo exasperan. No contra ellos: contra el hecho. Imagina, en los rostros compasivos, el dejo tierno—irónico que no pueden o no quieren encubrir. Quizá al revés, sin recatarse de que escuche intercambian una implícita conjugación de la modestia: Qué noble soy. Qué humano eres. Qué buenos somos. Él cree tocar con los dedos el alivio que les produce espiarlo y confirmar: “Yo no, a mí no me sucede”. Lo irrita, por ejemplo, la actitud rudimentaria de su primo Reinaldo (“Hay que esperar”, recomendaron, y a Reinaldo le basta). Camilo adivina la tibia humedad que asoma a los ojos de su hermana Amalia al mirarlo (y le diría: “Amalia, espera”).

Este es su clima. Independiente del sol o de la lluvia, o de la niebla que le encanta respirar, ahí vive. El silencio se enfría alrededor de él cuando entra en una pieza, o cuando alguien viene a verlo y, sin habérselo propuesto, sordina su voz al saludarlo:

—¿Qué tal vamos, Camilo?

Vamos.

Palabra de hospital.

El único que va o no va soy yo.

Amigos, parientes, desfilan sigilosos, con la prudencia de quien busca infundir tranquilidad al enfermo, y por lo mismo y al revés, lo desazona. Cada visita da la impresión de ocultarle algo (por ese empeño en tratar de que él no crea que hay secretos). La jovialidad del tono en que conversan le suena tan postiza. Él se subleva. Comprende que actúan sin artificio y lo que sienten es verdad, aunque algo tibia. Los querría más veraces. Le cuesta rabia y esfuerzo contener el impulso de increparlos:

—¡No sufran por mí, que yo me basto!

Han pasado tres meses desde la operación, y ellos ya no se atreven a intentar esas frágiles palabras confortantes —mitigadoras por lo menos— que los médicos depositaron antes de irse sobre su mesa de noche, junto con las aspirinas y los veronales. Ahora las repite en su cerebro y las hace rebotar desde allí. “En estas operaciones puede haber imprevistos” (*En estas, rechaza; ¿por qué en las otras no?*). “A veces el desarrollo demora en completarse. Hay casos...” (*Siempre hay casos*). Siempre, también, “se estima aconsejable”, *Y lo aconsejan majaderamente*, eso que llaman “un poco de paciencia” (*¡Un poco infinito de paciencia!*, protesta).

Y la manía tan bien llamada doctoral de tener contestaciones listas, y revestirlas cada vez de aquella desaprensión insoportable. (*Pobres sabihondos. Nunca se resignan a decir: No sé. ¿Quién va a fiarse de alguien incapaz de equivocarse?*).

—En quince días retiramos la venda.

Pero al quitarla descubren que son veinte.

—¿Seguro?

—Seguro.

Y el día veinte:

—Vamos a esperar un poco más. Le explico: cuando el nervio...

Ha resuelto aprender, por si acaso, a ejercer la ceguera. Identifica los ámbitos corrientes. En la casa transita con soltura de un lugar a otro. Acude a almorzar o a tomar once sin jamás enredarse con platos, tazas, cubiertos, ni dejar caer nada al piso. Porfía, incluso, en ser él quien eche la mermelada en su pan o ponga más sal en un guiso. No vacila al abrir su propia cama y dejar su vaso de agua en el velador, ni al encender la radio a la hora de la música barroca.

—¿Quieres que...?

—No, gracias: puedo —corta, y le cosquillea una pinta de orgullo.

Con qué perplejidad deben de observarlo, y codearse:

—Mira a Camilo: lo bien que se arregla.

—El buen humor le ayuda —escuchó algún día.

Hubiera querido agradecer al que lo dijo. Es parte de su orgullo el no quebrarse. Ni siquiera necesita que le recuerden que aún hay esperanza. Los médicos hablan de amoldarse. No se cansa de practicar lo que tal vez llegue a considerar su nuevo oficio. Tampoco lo practica contra la ceguera: es contra las certezas sucesivas y a menudo opuestas de los especialistas. A ellos querría demostrarles que no pudieron, y con reproche hacia ellos trata de poder, él sí.

—Verán.

Organiza serenamente los días, distintos e iguales. Despierta por obra de su reloj biológico, que rara vez se adelanta o atrasa. Es madrugador por gusto. Se gloria de llevar ventaja a las campanadas de la iglesia vecina: recién vienen a sonar poco después de que él ha abierto sus ojos aunque no sea para ver. Va a vestirse y escoge la ropa sin auxilio de nadie; sin nadie pasa al baño a ducharse, afeitarse, mudarse. Al fin camina a tranco normal hasta la galería, palpa su sillón de mimbre y se instala en él.

—¿No te hará falta algo? —le ofrecen de nuevo.

Se hinche en la respuesta:

—Nada.

Luego coge el libro y advierte lo usual:

—Es mi hora de leer.

Le ríen con pena este chiste previsto. Leer, él.

Al rato, el timbre, los pasos, las voces y el también previsto anuncio:

—Aquí está María Amparo.

—Sí sé —gira el rostro hacia ella—: Ven, María Amparo.

□

Se conocieron una mañana, tomando el sol en la plaza.

Ella cuidaba a un chico inquieto. “Ya tienes diez años, Patricio. Deja de moverte aunque sea un segundo”. “¿Y entonces me lees?”. “Si quieres, te leo”. “¡Ya!”. Camilo aguzó el oído, curioso. A los pocos instantes escuchó el rumor sutil de las hojas que María Amparo principiaba a pasar sin premura. El silencio pareció ensancharse. Como envuelta en él, su voz, secreta, leyó:

Nos metimos las manos en los bolsillos, sin querer, y nos llegó el aleteo de la sombra fresca, igual que cuando se entra en un pinar espeso. Las gallinas se fueron recogiendo en su escalera amparada, una a una...

Camilo murmuró para sí:

—Platero y yo. “El eclipse”.

María Amparo alcanzó a oír. Se volvió hacia donde él estaba:

—¿Lo conoce?

—Lo leo, y lo disfruto. ¿Y usted...?

Iba a agregar algo, pero Camilo tuvo la sensación, tan familiar en los últimos años, de que ella acababa de advertir su ceguera. Habría notado ya que no solo la miraba sin vista, sino que sus ojos exploraban a tientas, con la incertidumbre con que exploran las manos en la oscuridad. Demoró en detectar el punto exacto hacia el cual dirigirse. (Sus oídos no terminaban aún de aprender a reemplazar la vista).

—Me llamo Camilo. Perdóneme por entrometerme. Es que...

Quería evitar que se apagara el diálogo. Empezaba a irritarlo su propia torpeza cuando ella repuso:

–Y yo, María Amparo.

Aquella tarde no se atrevió a pedir que le permitiera recorrer su rostro con los dedos para conocerla (Es su viejo sistema de escultor transferido al aprendiz de ciego). Indefectiblemente lo agria esta desigualdad: Los Demás ven la fisonomía de él como si lo tuviesen delante desnudo, indefenso. Vive sujeto a espionajes. Sus gestos, sus rasgos, su palidez, su energía, aun sus mínimos cambios de humor: todo sucede y se exhibe a la vista de todos. Debe conformarse con imaginar quién está a su lado, mientras llega el momento en que podrá interpretar su piel.

–Bonito nombre –dijeron a un tiempo.

A un tiempo se rieron.

–María Amparo –repitió.

–Sí.

–Qué bien lee.

–¿Encuentra?

Buscaba inducirla a contestar, para seguir oyendo esa habla sugeridora de timidez, ¿ingenuidad?, hondura.

–¿Usted viene siempre?

–Suelo, sí.

–No la había visto antes –bromeó Camilo.
Visto.

Ninguno de los dos supo en qué forma, transcurridos cinco o seis nuevos encuentros, llegaron a que él le pidiera leerle. Fue hermoso que María Amparo no se detuviese a pensar si estaría de ánimo o se sentiría confusa. Solo preguntó:

–¿Cuándo?

Y él, con repentina llaneza:

–¿Por qué no ahora mismo?

Desde ese minuto fueron intimando paulatinamente.

No necesitan ya respetar formalidades, como frente a Los Demás. Cada uno dice lo primero que discurre, y el otro o la otra responde en el acto. Él le cuenta cómo es el ser ciego. Cómo, aun así, consigue aprehender el mundo. Su sola piel humana –sonríe– ha adquirido destrezas que ahora le permiten distinguir la contextura de muchos objetos, el sello propio de distinta gente, la humedad del aire, o el ir de una nube por lo alto.

–No podría explicarte mejor.

Insiste en tratar (“Para mí es importante que sepas”). Si alguien lo saluda con la mano, a través de ese gesto Camilo recoge detalles con que conocerlo. Lo definitivo en todo esto es tocar algún rostro y decirse que si pudiera dibujar podría dibujarlo. Repite que el roce transfiere hasta los estados de ánimo: si hay pena, frustración, alegría, las yemas de los dedos te cuentan. Mejor que contar: traspasan una vibración muy suave pero inconfundible.

–Cómo van a *tocarse* cosas tan inmateriales.

–No son lo único inmaterial que uno toca. Por ejemplo la fiebre, al palpar la frente.

–También reconoces las facciones de ese busto de la galería –comenta María Amparo.

–Es que las recorro.

–¿Y sabes cómo es?

–No te imaginas.

–Cuenta.

Habló igual que si fuera observando, uno por uno, los diversos detalles que le describía:

—Es morena. Tiene el pelo liso, muy negro. Y los ojos negros también, la mirada suave. Fíjate en su blusa amarilla, de seda: cómo hace contraste con los tonos oscuros. La sonrisa es imposible de ver con los puros ojos: hay que tocar para apreciarla —reflexionó un momento; parecía mirar, preguntando—. Se le forman un par de arruguitas en las comisuras. Entonces se vuelve muy niña. Más niña de lo que en realidad es.

Ella miraba la estatua y la veía blanca, inexpresiva, distante, pero por seguirle el juego (y tal vez porque se imaginaba nebulosamente lo que él revelaba con su voz:

—¿Qué edad le calculas?

—Diecisiete.

—¿Justos?

—Ni uno más ni uno menos.

—¿Seguro?

—Lo leo en su cara.

—Qué más.

—Se llama Adelina.

—¿Se lo preguntaste?

—Mejor: yo la bauticé.

—¿Y por qué ese nombre?

—Adelina es fina.

—¿Siempre te sonríe?

—No siempre. Y no siempre a mí. Hay días en que la veo triste.

—Cambia —dijo ella, no como quien duda: como quien confirma.

—Hubo una ocasión en que estoy casi seguro de que le caía una lágrima mientras la tocaba.

Se asombra él mismo al adivinar a María Amparo dispuesta a compartir su percepción y suponer que la imagen de yeso es capaz de llorar. Eso, el creer de ella, hace verdad el entorno que él le va pintando. Parecen chiquillos —piensa él—: fingen que son otros, comparten los contrasentidos que van descubriendo. Insensiblemente dejan la lógica atrás. Inconscientemente disfrutan de hacerlo. Desvarían juntos. Sus palabras apenas se oyen, acaso porque hablan con temor de que se evaporen.

—Hay olor a tarde.

—¿Sientes esa nube?

A los dos o tres días, Camilo se interrumpe en mitad de una frase.

—Oye, me estoy dando cuenta de que hay otra desigualdad entre tú y yo.

Callan. Ella no se atreve a preguntarle y él no se resuelve a seguir.

—Tú conoces mi cara —musita por último—, y yo no la tuya.

—Pero te imaginas.

—¿Igual que la estatua?

—Igual.

Camilo meneó la cabeza.

—No basta. Tú no eres de yeso. Déjame tocarte.

María Amparo se larga a reír:

—¿Quién dijo que existo? —bromeó.

—¿Te estaré soñando?

—¿Y si fuera así?

Nunca le estrechó la mano ni la saludó de beso.

Mientras la escucha, no consigue discernir entre la voz que lee y lo que lee la voz. Aunque lo intente: todo aquello es uno. María Amparo forma parte de sus experiencias, y él sería incapaz de

distinguirla de lo que venía en los textos. Tan vivos. Tan vida. *Tan ella y tan yo*. Su modo de ser se impregna de esta identidad común, indecisa y nueva.

□

Tan nosotros y tan ellos, concluirá después.

Se figura un grupo en que están Rubén Darío, Gerardo Diego, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez... Y él y María Amparo, oyendo sus voces, sus versos, sus finos silencios.

—Tienen algo que parece magia —murmura.

Y la voz de ella, igualmente aérea:

—Sí.

—¿También tú la sientes?

—Sí.

—Por favor: léeme algo de Machado.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquiera.

Luego de un momento:

—*Soñé que tú me llevabas*

por una blanca vereda,

en medio del campo verde,

hacia el azul de las sierras...

La voz calla. Camilo comenta:

—No creas. Por dentro distingo colores. Podría decir que los veo.

—¿Lo conoces mucho?

—Es casi un otro yo. Escucha:

¡Ojos que a la luz se abrieron

un día para, después,

ciegos tornar a la tierra,

hartos de mirar sin ver!

María Amparo le toma una mano y Camilo, como si fuera otro el momento, o el lugar, o la forma de avenirse de él y de ella, murmura:

—Se va la lógica. Vuelvo a verla.

—¿La escultura?

—No escultura...

—¿Entonces qué?

—...La veo persona. Y soy libre. Libre y lleno de sinrazón.

—Las dos cosas, ¿no son una?

—Libertad, sinrazón. Y además, compañía: nunca se está solo siendo libre y un poco chalado. Lo que vives, lo vives con fuerza. Entonces te enamoras...

Ella escucha, sonríe, va a hablar pero él añade:

—...de todo, de nada; del mundo, aunque no puedas verlo.

Ella no alcanza a preguntar, cuando él extiende una mano hacia la estatua y, sin aguardar a oírla, responde a su pregunta:

—Quisiera secar esa lágrima que tiene en la mejilla.

Un sueño, un pájaro, un estero

El alba.

Despertó, y él a su lado. Sabía tan bien a su esposo como se sabe a un hijo. Ahora, al observarlo, sintió insinuarse un aura especial en las facciones aún adormecidas. Adivinó el asomo de una de las sorpresas a las que él solía jugar. Sus párpados se abrieron. No llegó aún a sonreírle en forma abierta, pero sus rasgos, su modo de mirarla y de volver a tierra –aun su piel– trasuntaban esa complicidad consigo mismo que jamás pudo (y tal vez jamás quiso) ocultarle.

Algo se trae: es verlo.

Esperó a que hablara. Confiaba en que iba a hablarle.

Tenía la costumbre de poner, sin preámbulos ni explicaciones, algún tema a simple vista casual, como si se divertiera en seguir, ahora en voz alta, una conversación interna. A veces dejaba caer alguna frase a propósito de nada. "¿Te fijas en lo humanos que son los ojos de los perros?". Si ella concedía: "Se parecen", él porfiaba: "No se parecen: *son* humanos. Alguien te mira desde el perro. ¿Te das cuenta?". Lo entusiasmaba el tema y pretendía incitarla a desvariar también:

–¿Qué podrá estar pensando esa mirada?

O hacía preguntas sin respuesta concebible:

–¿No quieres a veces ver agua, olerla si no, o tocarla? Capaz que tengamos una sed del olfato, una sed del tacto, una sed de la vista.

Aunque riera, su mujer seguía rumiando ese tipo de idea. Notaba cuando él fingía ser broma ciertas cosas que pensaba demasiado en serio. Ahora lo vio abrir los párpados y echar una ojeada no muy atenta al mundo.

Le dio la bienvenida:

–Hola.

–Hola –dijo él.

–¿Qué fue?

–¿Qué fue qué? –replicó él, con extrañeza.

–Tienes cara de algo.

Reflexionó un instante:

–¿Cara de haber soñado, por ejemplo?

–Podría ser.

–¿Cara de que tuve un sueño raro?

Ella asintió:

–Y pensarás contarme, supongo.

–Antes de que se evapore. Lo tengo en la retina.

–¿A ver?

–Es tan irracional soñar. La imaginación imagina sola, más libre que cuando uno está despierto. No hay cómo guiarla. Curiosamente mi sueño fue... real. Después de meses, o de años, talvez se mezcle con hechos y no sepa distinguirlos...

Ella hizo ademán de atajarlo.

–Ya te fuiste sepa Dios dónde. ¿En cuál planeta andabas?

La pregunta de siempre. Su respuesta solía ser: "En Urano", "En Antares", "Los alrededores de Saturno". Jamás la luna: por obvia, quedaba fuera de concurso. Si él "se iba", era en serio.

Aproximándose a ella:

–¿No sientes que algunos sueños son vividos?

–No tanto como tú, supongo. ¿Dices que este parecía real?

–Era real; de los que se viven... ¿Por qué te ríes?

–Me *sonríó*.

–¿Por qué?

–No sé.

–Ahora capto.

Ella supo que le hablaba en serio.

–¿Me vas a contar? –lo besó en un hombro.

–No es tan simple.

Puso sus manos detrás de la cabeza, se apoyó en la almohada, principió a hacer memoria. Lo hacía –encontró ella– del modo en que se mueven las olas: con un ritmo, y talvez con un sentido. De esos que se comprenden tan bien que no pueden explicarse.

La voz

–Lo más curioso de este sueño es que duró tres noches.

–¿Soñaste por capítulos?

–Podría decirse así.

–¡Oye!

–Aguarda.

El capítulo uno –continuó– lo había hecho revivir el momento en que oyó cantar a su primer chucao, el pájaro invisible del sur. Lo recordó y lo soñó a menudo, hasta que sueño y recuerdo fueron indiscernibles: en ambos caminaba por un bosque frondoso, entre esa humedad del aire que no daña sino refresca los pulmones. Anduvo, anduvo. Descubrió un sendero a medio borrarse entre los árboles. “Debe de llevar a alguna parte”, se dijo. Lo tomó. Al cabo de un trecho, un sonido nuevo, ignorado, le invitó a detenerse.

A su espalda acababa de cantar un chucao.

Trató de describirlo después:

–Es muy hermoso. Tiene profundidad, como si la voz sonara en un pozo o una caverna. No, no... Más que eso. No sé si antes había escuchado algo tan...

Su mujer diagnosticó:

–Chucao.

–¿Chucao, dices tú?

–Lo oíste, no viste... Cantó con un eco... Chucao –insistió–. No se dejan ver. Además, los supersticiosos juran que si has visto a uno te mueres antes de un año.

–No creerás esas cosas.

–¿Para qué sirve lo increíble, si no es para creerlo?

–¿Me quieres convencer de que...?

Ella sonrió, burlona.

–Ve tú.

Un viento suave principió a soplar. Se llevaba el silencio quizá a qué rincones. Entretanto, acá crujían ramas, cantaban otras aves. Pero otras: tencas, tordos, loicas... Una bandada de choroyes paseó su guirigay por la altura. No existen las bandadas de chucaos. Son solos. Cada uno solo con el enigma de su canto.

Pasó el tiempo.

Una noche, la experiencia del pájaro furtivo se filtró hasta su sueño, en esa dimensión de niebla donde lo real deja de ser real, y en cambio, por extraño que sea, es creíble. Durante las tres noches al hilo en que soñó, su mente fue escuchando el vocear del chucao. No iba él solo esta vez: vagaban juntos, él y ella. Le había cogido la mano para ayudarla a avanzar en medio de troncos y ramas. Sus

pies pisaban un suelo de hojas bañadas de humedad: chac, chac, chac.

De cuando en cuando este chapoteo les hacía reír, y sus risas correteaban alrededor, jugando a ser niñas.

—¿Qué pájaro es ese?

—¿Cuál?

—El que se esconde.

—El pájaro—tú. El pájaro yo.

Bromas aparte, el canto del chucao se incorporó a su nostalgia.



El hechizo

Pasaron años. Tres, cuatro, cinco: perdían la cuenta.

Un día, los novios —seguían siendo novios— volvieron a aquel lugar íntimo, oculto sin que nadie se lo ocultara a nadie. De improviso sonó cerca de ellos un canto de chucao.

—¿Escuchas?

—Sí.

A medida que se adentraban en el bosque, pequeños aleteos sacudían el follaje. ¿El pájaro, el viento? ¿Alguna otra criatura? Salieron después a un campo sin fronda. Desde el suelo negro se alzaban esqueletos también negros. Coigües y mañíos clamaban a lo alto con sus troncos, sus ramas, sus raíces, muertos entre llamas hacía treinta años o más, en el incendio que duró treinta años.. El paisaje, fosilizado ya, cubría la llanura, y su fantasma trepaba por las lomas.

—Macabro —dijo ella.

Él se agachó a recoger del suelo algo que desmenuzó pausadamente.

—Ceniza —explicó—. Ceniza con polvo y agua.

Un poco hacia adelante, al comenzar la espesura, volvieron a escuchar la llamada de un chucao. Les pareció que se dirigía a ellos y los invitaba. Se miraron con ojos indecisos.

—Si fuéramos ingenuos...

—Somos —afirmó, casi seria.

—¿Entonces?

Cada uno dudaba en preguntar al otro si creía que esta vez iban a ver al pájaro invisible. Ninguno se atrevió a poner el tema. La incertidumbre parecía preferible a la razón desnuda. Sus pasos trasuntaban un respeto que bordeaba lo ritual. ¿Se estarían sugestionando? ¿Exageraban? El suelo mismo, acolchado por quizá cuántos otoños, crujía apenas al pisar sobre él. Les dio la cómica impresión de acompañarlos. Costaba contener las ganas de mirar hacia atrás, a ver si sus huellas los seguían.

Llevaban un rato callados. Acaso, sin ponerse de acuerdo, cuidaban el silencio que los envolvía. Pisar el suelo calcinado les daba una impresión de incertidumbre, de situación malsana y, a la vez, de desafío a atreverse. La ceniza los hacía resbalar de trecho en trecho. Fue un alivio llegar a tierra firme. Treparon una loma y descansaron. Arriba revoloteaba alrededor de ambos un soplo de viento aliviador. Luego, a medida que bajaban, se fue dibujando ante sus ojos un brillo de agua, oculto y desoculto alternativamente entre los troncos muertos. Unas nubes se reflejaban en la superficie.

Por la orilla, en los pedazos libres, porfiaban los primeros brotes.

Y este fue el tercer sueño.